

1. Cuatro chicas

ME enamoré de ella nada más verla.

O eso creo.

¡Enamorarse era entonces tan fácil! Bastaban, en una chica, un determinado modo de reírse, la forma de llevar los vaqueros o de moversele el pelo al caminar. Yo me enamoré de ella por todo eso, además de por otras cosas que fui viendo a medida que pasaban los primeros días del curso, y por lo que intuía al verla: iba siempre por libre, prefería callarse si no se ocurría nada interesante que decir y no le tenía miedo a la soledad. También por su olor: me enamoré de ella porque olía a bosque. Y porque era guapísima, claro, con sus grandes ojos marrones y su media melena castaña, sus mejillas perfectas, sus orejas pequeñas y sus labios de cristal.

Me imagino que fue por esas cosas, más o menos, por lo que hubo tantos aquel año que se quedaron deslumbrados cuando la conocieron. Pero quiero creer que yo me adelanté a todos los demás: me enamoré de ella en cuanto la vi. Aquella mañana de sep-

tiembre de 1982, la del primer día de clase, a la emoción del inicio del curso y el reencuentro con los amigos se sumaba otra distinta, fruto de la novedad que nos había mantenido expectantes durante meses: el proceso por el cual el colegio iba haciéndose mixto año tras año había llegado a segundo de BUP y tendríamos por fin algunas chicas como compañeras. Cuando entré en el aula que nos había tocado, allí estaban ya ellas, sentadas en silencio y aparentando que no pasaba nada, aunque sin duda más cohibidas, o de otra manera, que mis compañeros y que yo, que fingíamos no mirarlas. ¡Eran sólo cuatro!, cuatro chicas en una clase de cuarenta...

Había dos en un pupitre al lado de la pared del fondo, juntas, y quizá por eso estarían un poco menos nerviosas, mientras que las otras no habían sido tan afortunadas como para llegar al mismo tiempo: habían tenido que ponerse con chicos. Y fue una de ellas, una rubia de ojos azules, la que ese día atrajo casi todas las miradas, pero yo me enamoré de otra, de la que se sentaba justo detrás de mí.

Me enamoré de su sonrisa callada, de la forma en que se le encendían las mejillas, de la luz de sus ojos marrones y de esa otra luz que a mí me parecía proceder de la piel de sus antebrazos, ligeramente tostados tras el largo verano.

Se llamaba Virginia.

Y también Mario se enamoró de ella.

2. «Start!»

yo podría ahora contar que todo empezó la mañana en que la conocí, y aunque eso sería cierto, a la vez no lo sería. ¿Cuándo empieza una historia y cuándo termina? A lo mejor ninguna se acaba mientras siga uno contándola, mientras no deje de contársela a sí mismo o se la cuente a otros. Por eso la historia de lo que me pasó aquellos años, del 82 al 85 –lo que nos pasó a Mario, a Virginia y a mí, a Baquetti, a Luis Baeza, a Rubén y a los demás–, todavía no ha terminado.

¿Y cuándo empezó?

Empezó la mañana en que la conocí a ella, pero es verdad que las historias tienen siempre su origen un poco antes del punto a partir del cual decide uno iniciarlas. Yo ahora podría decir que la mía empezó justo cuando escuché aquella canción de los Jam. Fue oír las primeras notas del bajo limpio, seco, contundente, acompañadas por los golpes de la batería, y darme cuenta de que algo había comenzado. Algo que no era sólo la canción, pero que aún no sabía muy bien qué era. Una energía nueva, diferente. Al concluir, yo era ya otro: el que tenía que ser. No, quizá mi relato no debería empezar en septiembre del 82, cuando conocí a Virginia, sino la tarde de noviembre de 1981 en la que, encerrado en mi cuarto, escuché «Start!»: la tarde del día en que me hice amigo de Mario Ugarte, quien esa mañana me había regalado la cinta.

Puede que a esta historia no le falte mucho para llegar a su fin. Cuando termine de contarla, tras tanto tiempo retrasándolo, no creo que vuelva a hacerlo. Habré perdido todo interés en ella. Aunque nunca se sabe. ¿Quién me dice que no aparecerá de nuevo Virginia de la misma forma en que desapareció? ¿No regresaron a mi vida primero Mario y después Fredo Baquetti, cuando ya creía que no volvería a verlos? También están las canciones. Si las sigo escuchando, como hasta ahora, y si me siguen gustando igual que en aquella época, yo no dejaré de ser yo y la historia no habrá terminado. O eso quiero pensar.

En cuanto a los principios, ya digo: siempre hay un antes. Escoge uno un recuerdo para empezar su relato y enseguida comprende que tiene que remontarse unos días o unos meses atrás, incluso años, y comenzar en otro punto. Además, esta no es sólo mi historia. Por eso lo justo sería que, a modo de inicio, eligiera el momento en el que Mario escuchó por primera vez esa misma canción y sintió –según me contó más tarde– como si volviera a nacer.

La mañana del 18 de julio de 1981, un chico de catorce años caminaba por las calles de Dublín con determinación, fingiendo saber a dónde se dirigía. (¿Debería empezar así?). Ataviado con una parka verde oliva que le venía grande, avanzaba muy rápido, con un exceso de energía que era fruto de su corta edad y de lo que parecía ya ir conformándose

como una manera particular de concebir la vida: intensidad y melancolía. Aquella fresca mañana de julio había salido cruz, y el ritmo y la decisión con que el chico atravesaba St. Stephen's Green en dirección al centro de la ciudad denotaban la euforia propia de quien tiene por delante un día de verano sin obligaciones. Era sábado, y las actividades deportivas y de ocio sustituían a las clases en el curso de inglés al que le habían enviado sus padres. Alegando un ligero dolor de cabeza, el chico se había granjeado unas cuantas horas de soledad. Estaba un poco cansado de sus compañeros y de los profesores: un buen rato alejado de los horarios y las servidumbres del grupo era justo lo que necesitaba. Y no sabía lo que iba a hacer ni a dónde iría, como tampoco sabía que, en la sala de juegos de la calle Fade en la que entró a curiosear, le esperaba un acontecimiento al que muchas veces, años después, habría de referirse como a una auténtica epifanía.

Sucedió a los pocos minutos, cuando, tras jugar una partida de marcianitos, dudaba ya si marcharse: la *jukebox* que había en un rincón, y a la que no se había podido acercar porque no se apartaban de ella tres chicos irlandeses mayores que él, llenó el local de forma abrupta con los primeros compases de una canción, el sonido rotundo de un bajo, seis notas que dibujaban con nitidez un ritmo muy distinto al de toda la música que había oído hasta entonces. Se

quedó paralizado en medio de la sala. Además del bajo, había los acordes secos y afilados de una guitarra y una batería de golpeo preciso. La voz del cantante sonaba con una clase de energía que al chico le resultaba a un tiempo desconocida y familiar. Como si fuera la suya misma, la energía que le había llevado a grandes pasos –de un modo en que cualquiera que se hubiera fijado en él habría dicho que sabía a dónde iba– a esos billares escondidos en Fade Street. Algunas palabras de la canción se extendían en notas que duraban unos segundos. En otros momentos la melodía se aceleraba y se producían cortes bruscos, descargas eléctricas en las que batería, guitarra, bajo y voz se acoplaban con exactitud. Tuvo la sensación, la impresión poderosa, de haber encontrado *su* música. O de que esa música le había encontrado a él, al nuevo Mario.

Cuando me lo contó, le entendí perfectamente: yo había sentido ya lo mismo, una tarde de noviembre, gracias a que él, al volver de Dublín, había buscado en Escridiscos, en Toni Martin, en Madrid Rock y en otras tiendas, hasta dar con el *Sound Affects*, y luego me lo había grabado en una cinta. Fue días después de enterarse de que a mí me apasionaban tanto como a él los primeros discos de Mamá y de Los Secretos.

Así que esta historia empezó cuando vi por primera vez a Virginia y me enamoré de ella en septiembre del 82, pero también la tarde en que escuché esa can-

ción de los Jam e incluso unos meses antes: empezó en Dublín la mañana de julio de 1981 en la que Mario descubrió «Start!». «It doesn't matter if we never meet again, / what we have said will always remain». Sí, todo lo que nos dijimos aquellos años, todo lo que vimos y lo que hicimos, las canciones que escuchamos y las cosas que sentimos –la soledad y el entusiasmo, la energía y las dudas, la tristeza y la intensidad–, todo eso empezó un día y ha permanecido, no se ha marchado y ya no parece que vaya a hacerlo.

Aunque nunca se sabe.

3. Una revista

AQUEL viernes de finales de septiembre nos reunimos en la heladería Capri de Alberto Aguilera, que pronto cerraría hasta el siguiente verano. A mí me decepcionaba quedar allí: no creía que fuera posible, en un sitio tan poco literario, mantener una conversación que se pareciera a las de los libros. El local, estrecho y con mesas de *skay*, a menudo tenía sintonizados *Los 40 principales*, programa que Mario y yo aborrecíamos. Él insistía en volver por la leche merengada, poniendo como excusa el calor: la heladería, con su fresca penumbra, ofrecía un refugio al que era muy difícil renunciar.